

Gaza, tan importante por la situación que ocupaba, tuvo Alejandro que habérselas con la audacia del comandante Batis, que había permanecido fiel á Darío, y con el valor de sus tropas, reforzadas con el contingente de mercenarios árabes y de los bravos ciudadanos filisteos. Alejandro se presentó ante los muros de Gaza durante la primera mitad del setiembre de 332; pero no pudo dar el asalto á aquel punto estratégico, tan importante para sus posteriores operaciones, hasta muy entrado el noviembre del propio año, es decir, doce meses despues de la batalla de Iso.

Con la toma de Gaza quedaron por mucho tiempo vencidas las mayores dificultades que podían oponerse al paso del ejército macedonio. La conquista del Delta del Nilo, que aseguraba la posesión de todo Egipto, llevóse á cabo sin grandes luchas durante la última semana del año 332. El pueblo egipcio, que tan maltratado se había visto por los conquistadores persas que tanto habían lastimado sus sentimientos religiosos, saludó gozoso al macedonio y le aclamó su libertador. Alejandro supo conquistarse el favor y las simpatías de aquella raza por la protección que dispensó á sus especiales intereses y por el respeto que guardó hácia su religión. Esta política nos explica perfectamente los progresos que hizo el rey á principios del año 331. Alejandro visitó el célebre oasis de Siwah, en donde se encontraba el templo del dios egipcio Ammon, llamado Júpiter Ammon en Grecia, y relacionado con el oráculo general griego. Allí dejóse consagrar por los sacerdotes del templo, como «hijo de Ammon» y como «hijo del sol», siguiendo la usanza de los antiguos faraones del valle del Nilo. El pensamiento práctico que guiaba á Alejandro era volver á los egipcios á los tiempos de sus antiguos reyes. Dadas las luchas que eran de prever en el interior del Oriente para la sucesión de la corona, podía ser muy útil el hecho de que los pueblos asiáticos que consideraban á los reyes persas oriundos de la familia de Ciro como imagen terrestre de sus divinidades, viesen en el poderoso príncipe griego un hombre que, al parecer, estaba secretamente ligado con los dioses.

VII.—ALEJANDRO EN EGIPTO. FUNDACION DE ALEJANDRÍA. BATALLA DE GAUGAMELA

Los macedonios y los helenos, que en un principio habían tomado á broma esta expedición política de Alejandro, comenzaron, á partir de este punto, á mirar con malos ojos su conducta, pues se echó de ver claramente por un lado que su política tendía á establecer la igualdad entre los persas y los europeos, y por otro que el sultanismo oriental comenzaba á ejercer una fatal influencia en la vida de Alejandro. Mucho más trascendental era, bajo este punto de vista, la creación de la gran metrópoli egipcia que lleva su nombre.

Se engañaban aquellos que querían atribuir al héroe macedónico los pensamientos idealistas de hacer la felicidad de su nación. Alejandro, que despues de la batalla del Gránico se consideró como el futuro heredero de los Aqueménides, unificaba sus grandes planes políticos con gran talento práctico, con extraordinaria inteligencia administrativa y con un espíritu altamente creador; de suerte que su obra tuvo bajo muchos conceptos excelentes consecuencias, prescindiendo de la inaudita significación histórica del movimiento á cuyo frente se encontró. Alejandro no era solo un gran conquistador; era más bien para los griegos un audaz descubridor que quería convertir el poderoso imperio destruido con sus armas, en un organismo gobernable. Con el conocimiento que tenía de la cultura y de la vida de los pueblos orientales, no pretendió imponerles súbitamente la soberanía griega, sino ordenar el sistema de las satrapías, por ellos conser-

vadas, según las ideas y actividad griegas, poniéndolas bajo la inmediata vigilancia real y utilizándolas de un modo muy distinto del que había empleado la dominación persa. Igualmente importante fué la repoblación de las comarcas conquistadas con nuevas colonias, las cuales, establecidas en un principio para un objeto puramente militar, llegaron á ser muy pronto, merced á la buena situación en que se encontraban, así para el tráfico y el comercio, como para las operaciones estratégicas, los gérmenes de poderosas ciudades griegas y semi-griegas, desde las cuales se extendieron durante muchos siglos por una gran parte del Oriente la cultura y civilización helénicas. Alejandro, con el mismo talento de que 650 años despues dió pruebas el gran Constantino, al fundar la ciudad del Cuerno de Oro, eligió á fines de 332 y durante una expedición al oasis de Siwah, la población de Rhacotis, situada al Oeste de la boca Canopea del Nilo, en la angosta lengua de tierra que se extiende entre la laguna Mareotis y el mar libre, y frente á la pequeña isla de Faro, para convertirla en la Alejandría egipcia, la nueva capital de los territorios del Nilo. Desde esta ciudad se debían establecer las relaciones marítimas con Macedonia y Grecia, siendo, además, un nuevo centro de la soberanía macedónica.

El rey macedonio no podía permanecer por más tiempo en Egipto: con la conquista del Delta se había completado el plan trazado en Mileto. La escuadra persa había desaparecido; en cambio la macedónica, compuesta de 160 buques á las órdenes de Hegelocos y Anfoterios, había reconquistado, con el refuerzo de las naves fenicias y chipriotas, todas las plazas tomadas por Memnon y por sus sucesores, y destruido, junto á Chio, los restos de las fuerzas marítimas persas, poniéndose de este modo nuevamente en relación con Alejandro. El rey espartano Agis III, hijo de Arquidamas, que, como aliado de los persas, había reclutado con su oro 8,000 mercenarios griegos que se habían salvado de la rota de Iso, prosiguió la guerra en la isla de Creta, y trató de agitar el Peloponeso.

Nuevos peligros amenazaban al mismo tiempo al macedonio desde el Oriente: Alejandro, antes y durante el sitio de Tiro, había rechazado por segunda vez las repetidas proposiciones de paz que le hiciera Darío. Las provincias iránicas y turánicas del imperio persa habían recibido orden de Babilonia de hacer nuevos é importantes aprestos, que los generales persas pudieron ver pronto terminados, gracias á la audacia de los tirios y del comandante Batis. Este cambio de cosas aumentaba la confianza de los espartanos y del partido antimacedónico de Grecia.

En tales circunstancias, apresuróse Alejandro, durante la primavera del año 331, á abandonar el Egipto, en donde había recibido nuevos refuerzos de Europa. Desde Tiro se dieron las disposiciones necesarias para poner término á los progresos que hacía el movimiento de Agis en Creta y á la agitación por él promovida en el Peloponeso; y hecho esto, dirigióse Alejandro á marchas forzadas hácia el Eufrates, al frente de un ejército compuesto de 50,000 hombres. La inhábil dirección guerrera de los persas que no sabía aprovecharse de su colosal preponderancia y de la poderosa línea de defensa con que contaba en el interior del imperio, y el loco plan de Darío de hacer en la llanura del Tigris central todos los preparativos para una batalla decisiva, permitieron al macedonio vadear sin obstáculo, en el mes de julio, el Eufrates por Tapsaco, atravesar despues el Norte de la Mesopotamia, llegar por fin al Tigris superior y pasar á diez y seis millas al Norte de las ruinas de Nínive y del campamento persa. Dirigióse luego al Sur por la orilla izquierda de este río para presentarse ante Darío, que hacía muchas semanas acampaba en las cercanías de Gaugamela y del riachuelo Bumodos,

afuente del Tigris, no lejos de las ruinas de la infeliz capital de la Asiria.

En 1.º de octubre del año 331 dióse la batalla decisiva, en la cual tomaron parte 40,000 infantes y 7,000 caballos de Macedonia y 400,000 infantes y 100,000 caballos de Persia (1). Este largo combate, favorable en definitiva á los macedonios, fué muy peligroso, especialmente para el ala izquierda de los mismos. 40,000 asiáticos, y según algunos 90,000, quedaron en el campo. Tampoco por esta vez pudo Alejandro pensar en perseguir al desbaratado ejército enemigo; pero la incapacidad y el miedo personal de Darío acabaron entonces con la paciencia y la confianza de los asiáticos. Cierta que el rey persa pudo llegar hasta Ecbatana; pero no se encontró en estado de organizar un nuevo ejército que resistiera á los invencibles macedonios. En las provincias por él abandonadas ni un solo hombre se atrevió á seguir el ejemplo dado por Batis.

Babilonia, la preciosa metrópoli de aquella parte del Oriente, cayó muy pronto y sin grandes luchas en poder de Alejandro, el cual fué recibido en ella con indecible júbilo y cuando en la segunda mitad de noviembre del año 331 se dirigió al Este para proseguir sus conquistas, pudo apoderarse de la importante ciudad de Susa, la antigua y renombrada residencia de los Aqueménides. Cuando llegó á este punto, engrosado su ejército por considerables tropas de refresco que le habían sido enviadas de Occidente, pudo ya prepararse para intentar á fines de 331, y al frente de 44,000 infantes y 9,000 caballos, el ataque contra el mismo Iran, comenzando por el territorio cuna de la monarquía de Ciro, es decir, por la poderosa Persis.

La fortuna favoreció también esta vez al gran Alejandro; todos los obstáculos que se oponían á su marcha, un invierno riguroso, el difícil paso de las «Puertas de Persis» y las montañas que defienden al Oeste el fértil valle de Persépolis, no fueron bastantes para detenerle. La heroica audacia y el admirable talento táctico de Ariobarzanes, el sátrapa de Persis que, con 40,000 hombres, defendía su provincia natal, no fué bastante para contener á mediados de enero de 330 el formidable empuje de las columnas macedónicas. La batalla que se libró en las Puertas de Persis, mas que tal, fué una espantosa carnicería, de la cual solo escaparon 5,000 persas.

XIII.—ALEJANDRO EN PERSIA Y ECBATANA. CAIDA DE DARIO III. ALEJANDRO SHAH

Entonces pudo Alejandro llegar victorioso hasta la magnífica ciudad real de Persépolis, y tomar venganza de la crueldad con que Jerjes había procedido en Europa. Lo primero que hizo fué hacer comprender á los pueblos de Oriente del modo más cruel y destructor que había concluido ya la época de los Aqueménides, que su grandeza era un sueño del tiempo pasado, y que desde aquel momento tendrían un nuevo rey en Alejandro, el hijo del sol. Persépolis, aunque conquistada apenas sin lucha, fué invadida brutalmente por los macedonios, como si fuese una plaza tomada por asalto. El precioso palacio real cuyas azoteas de mármol dominaban la ciudad, fué entregado á las llamas por orden de Alejandro. Las ruinas ennegrecidas por el fuego de la venganza atestiguanon durante muchos años que la raza heroica del gran Ciro había sido para siempre destronada.

El ejército macedónico pudo reponerse en Persépolis, durante algunas semanas, de las grandes fatigas de aquella difícil campaña de invierno. Alejandro en persona hizo á fines de marzo y á principios de abril un reconocimiento de todas las

(1) Según otros, el ejército persa se componía de 800,000 infantes y 200,000 caballos.

provincias, al frente de una división de sus tropas, y luego trató de salir al encuentro de Darío que, según se dijo falsamente, había reunido un considerable ejército. En mayo del año 330 salió Alejandro de Persépolis y se dirigió hácia la capital meda Ecbatana, sin encontrar ninguna resistencia á su paso: cuando solo le separaban de esta ciudad tres marchas, supo que el desdichado Darío, que tenía á sus órdenes tan solo 30,000 hombres, entre ellos 4,000 griegos, había logrado penetrar en su retirada en el Oriente iránico.

Ecbatana cayó sin lucha alguna en poder de Alejandro, el cual tuvo que detenerse algún tiempo en ella, en primer lugar para asegurar convenientemente la nueva base de sus operaciones en el Iran oriental, y en segundo lugar para tomar las disposiciones políticas y militares necesarias. Ecbatana, la más formidable fortaleza del interior del imperio, fué destinada á guardar el tesoro que había formado Alejandro con las riquezas de los Aqueménides que en sus manos habían caído en Susa, en Persépolis y en Ecbatana misma. Este nuevo tesoro, cuya administración se dió al director general de hacienda Harpalo, se estimó en 190,000 talentos (4,474,500,000 reales). Dejáronse en la ciudad 6,000 soldados en concepto de guarnición permanente; y Parmenion, que fijó en Ecbatana su residencia y al cual se confió el mando en jefe de la Media, punto que dominaba todos los caminos del Oeste, tuvo á sus órdenes, además de las guarniciones, un cuerpo de tropas bastante considerable.

El ejército de Alejandro sufrió entonces algunas modificaciones: por un lado, el rey viendo terminada la guerra de venganza contra los Aqueménides, y encontrándose elevado á la dignidad de soberano, licenció y colmó de presentes á las tropas griegas aliadas, inclusa la caballería tesálica (á excepción de algunos voluntarios), que estaban ya cansadas de guerras y de viajes, y que habían de hacer naturalmente en su patria una gran propaganda entre sus compatriotas á favor de la política y de la gloria del macedonio. Reclutó grandes masas de mercenarios griegos, pero no quiso que formara parte de su ejército ningún hoplite. Había ya pasado el tiempo de las grandes batallas ordenadas, conviniendo, por tanto, mucho más organizar los ejércitos con infantería y caballería ligeras; de suerte que las tropas macedonias nacionales, tanto bajo el punto de vista militar como político, tuvieron que dedicarse al perseverante trabajo de distribuir y organizar á estos guerreros según sus condiciones militares. Los escuadrones de caballería habían sido constituidos en Susa de un modo uniforme, teniendo en cuenta su número y su clase: los cargos de oficiales solo se dieron atendiendo á motivos puramente militares. Los regimientos de las falanges aparecieron formados por 3 ó 4,000 hombres y divididos en chiliarquías ó batallones de mil individuos, subdivididos á su vez en cuatro compañías. La misma guardia de hipaspistas apareció posteriormente distribuida en chiliarquías.

Despues del licenciamiento de los contingentes griegos aliados, había logrado reunir Alejandro en Ecbatana 40,000 infantes y 8,000 caballos, de los cuales 16,000 y 2,000 respectivamente permanecieron en dicha ciudad, cuando se resolvió á perseguir á Darío. Su intento era evitar la extensión indefinida de la guerra y la lucha en las lejanas provincias septentrionales iránicas y turánicas. Por esto procuró con todo empeño alcanzar á Darío que huía hácia la Bactriana, para obligarle á abdicar voluntariamente y á entregar formalmente la corona al afortunado vencedor. El héroe macedónico no pudo, sin embargo, terminar de este modo la guerra.

En su rápida expedición desde Ecbatana á Rhaga y en su marcha al través de la interesante comarca de las llamadas «Puertas caspias», no tuvo que vencer resistencia alguna; pero cuando hubo pasado este último punto, tan importante



bajo el concepto estratégico, y entrado en las comarcas occidentales de la Partia, supo por dos fugitivos asiáticos que había sucedido una gran catástrofe en el campamento persa. El pensamiento que acariciaba el infeliz Darío de presentar, como su honor exigía, una nueva batalla al macedonio, fué mal acogido por la mayoría de sus oficiales, llegando la disidencia hasta el punto de que muchos de estos decidieron deshacerse del incómodo soberano, dar la corona al príncipe Bessos, sátrapa entonces de la Bactriana y general de la bactriana caballería, y reanudar enérgicamente la guerra en el territorio bactriano. Como Darío se negaba á confiar la seguridad de su persona á los fieles mercenarios griegos por no agravar á sus súbditos persas, pudieron los conjurados reunirse en la aldea de Thara, llevar á cabo su plan y encarcelarlo. Todos los guerreros del campamento persa que no estaban al lado de Bessos, se dispersaron ó se dirigieron, mandados por Artabazo y acompañados de los griegos, hácia Tapuria y la comarca montañosa y cubierta de bosques del Elbur oriental.

Cuando Alejandro tuvo noticia de estos sucesos prosiguió con mayor energía su persecucion, que solo podia ser llevada eficazmente á cabo con la caballería, y ordenó una verdadera cacería salvaje, en la cual perecieron centenares de caballos y un número no menor de soldados perdieron su vida ó su salud, á causa de los excesivos rigores del sol de julio. Cuando Alejandro alcanzó, al frente de un puñado de hombres, á los asiáticos, en las inmediaciones de la actual Shahrud, huyeron estos á la desbandada, no sin herir de muerte á Darío, cuyo cadáver cayó en poder de su enemigo. El macedonio había conseguido su intento de poder terminar rápida y seguramente la guerra. Alejandro, considerado entonces por casi todo el Oriente como el legítimo sucesor de los Aqueménides, tomó á su cargo la venganza de la muerte de Darío.

En todas las empresas de este valiente conquistador se encuentran unidas de un modo característico una extraordinaria sangre fría, una circunspeccion sistemática y un temible empuje. En aquella misma ocasion en que Alejandro debía indudablemente esperar que Bessos y sus partidarios le preparasen grandes obstáculos en el Oriente y Norte del Iran, guardóse de hacer una brusca irrupcion, procurando con empeño reunir y reorganizar el ejército que se hallaba fatigado y disperso á consecuencia de la espantosa caza por la tierra pártica. Despues de haber descansado lo suficiente en la rica capital pártica de Hecatompileos, debían conquistarse las importantes provincias que se extendían al Sur de Elbur y que rodeaban las comarcas meridionales del mar Caspio. Mientras Alejandro se encontraba en los fértiles cuarteles párticos recibió de su regente Antipatro la gran noticia de que había sido completamente sofocado el levantamiento del rey espartano Agis III, que tantas dificultades había opuesto á los macedonios desde que entraron en Susa.

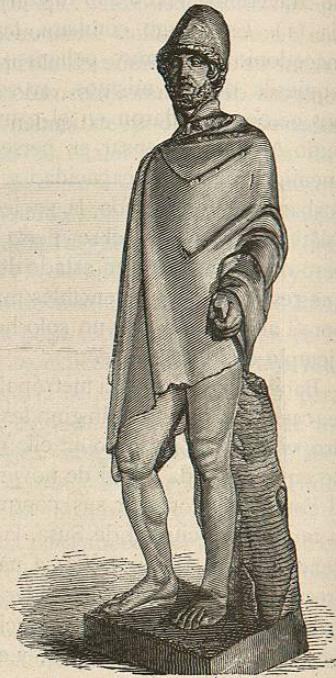
IX.—DERROTA DE LOS ESPARTANOS EN MEGALÓPOLIS. DEMÓSTENES Y ESQUINES

Agis, cuyas esperanzas habían crecido en 331, al saber los grandes preparativos de Darío, no habiendo podido resistir á las operaciones que el almirante macedónico Anfoterós había llevado á cabo en la isla de Creta, se vió obligado en el verano del propio año, á abandonar aquella isla y regresar á Laconia, en donde se encontró en una situacion muy difícil.

En la llanura de Gaugamela el dios de las batallas había decidido la contienda entre Alejandro y los Aqueménides en favor del héroe macedónico. El rey Agis que ya nada podia esperar del Asia, vió muy mermados los tesoros, con los cuales podia conservar los mercenarios que le permitían ha-

cer frente en caso necesario al ejército vencedor. En tales circunstancias no podia esperar el rey de Esparta, teniendo en cuenta las heróicas hazañas de su enemigo en el Asia, á que Antipatro y Anfoterós aprovecharan la ocasion oportuna para invadir la Laconia.

Pero alzó la bandera de guerra cuando, á principios de 330, y á consecuencia de una gran derrota que sufrió Zofirion, general en jefe de las fuerzas macedónicas en Tracia, al intentar el ataque contra los getas del Danubio, se sublevó la Tracia, á donde tuvo que llevar Antipatro todas sus fuerzas. Con sus mercenarios y los guerreros de su canton, destruyó Agis las fuerzas del macedonio Corragos, é hizo un llamamiento general en nombre de la libertad, al que contestaron los eleos, los aqueos, á excepcion de Pelene, y los arcadios, excepto Megalópolis, todos cansados de la presion de sus gobiernos adictos á Macedonia. Sin embargo, este movimiento no encontró eco alguno allende el istmo; pues en Atenas fracasaron los intentos del espartano, preponderando el partido macedónico. En el mismo Peloponeso, la resistencia de Megalópolis contuvo de tal manera los progresos del levantamiento de Agis, que Antipatro pudo entre tanto reconciliarse con los tracios, y formar con los macedonios y los griegos aliados un ejército de 40,000 hombres con los cuales invadió el Peloponeso. Avistados ambos ejércitos en la parte meridional de la llanura de Megalópolis, libróse la batalla, en la cual Agis con 20,000 soldados, 10,000 de ellos mercenarios, luchó con desesperado furor, hasta que fué herido de muerte. Sucedió entonces lo que en Queronea. Despues de reñidas luchas que costaron á Antipatro 3,500 hombres, fueron los espartanos derrotados por completo, habiendo perdido, en junio del año 330, 5,300 hombres. Eudamidas, hermano y sucesor de Agis, firmó en seguida la honrosa



Supuesta estatua de Focion



Esquines (estatua existente en el Museo de Nápoles)

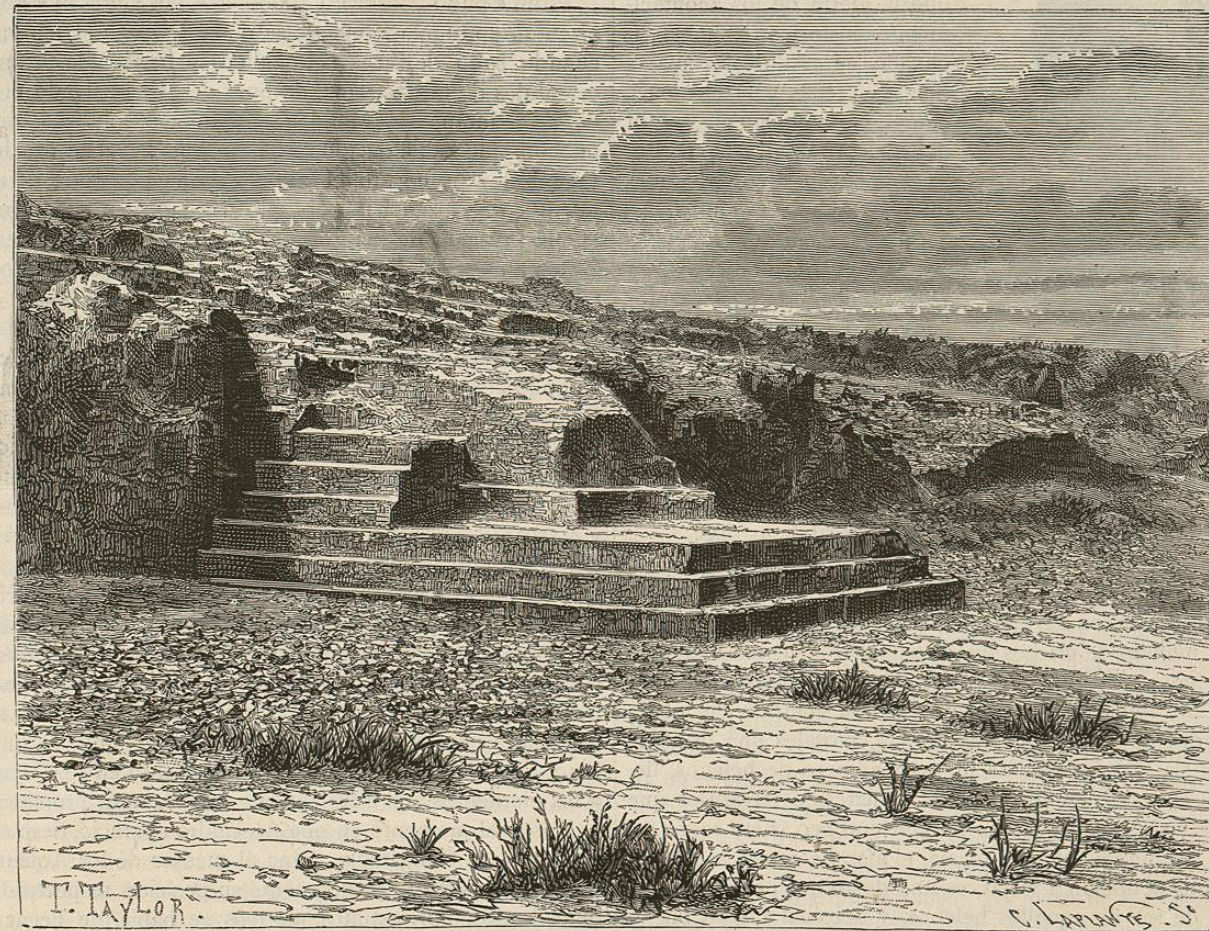
cer frente en caso necesario al ejército vencedor. En tales circunstancias no podia esperar el rey de Esparta, teniendo en cuenta las heróicas hazañas de su enemigo en el Asia, á que Antipatro y Anfoterós aprovecharan la ocasion oportuna para invadir la Laconia.

paz que le propuso Antipatro, teniendo que obedecer desde aquel punto Esparta los mandatos de Alejandro.

Este, al parecer, no apreció debidamente los servicios que su regente le había prestado, cuando desde sus cuarteles de Hecatompileos calificó de «guerra de ranas y ratones» las sangrientas luchas del Peloponeso. Una derrota de Antipatro hubiera introducido el mayor desorden en las provincias europeas del imperio y privado á Alejandro de reclutar en las comarcas que se extienden desde el Danubio hasta el

Tenaro las masas de soldados bárbaros, de guerreros macedónicos y de mercenarios griegos, que tanto necesitaba para llevar á cabo la nueva campaña que intentaba.

Grecia había recobrado la mas completa tranquilidad: solo en Atenas se sostenían violentas luchas oratorias. Desde la destruccion de Tebas, la política exterior ateniense se hallaba inspirada por el partido macedónico, capitaneado por hombres como Focion, Esquines y Demades. El estado ático estaba protegido, de un lado, por la gran consideracion



Tribuna de Demóstenes

que Alejandro dispensaba á la opinion pública del pueblo ateniense, y de otro por la poderosa influencia de los mas renombrados filósofos de aquel tiempo que profesaban grandes simpatías por la causa macedónica. Aristóteles, en cuanto su real amigo hubo partido de Pella (334), dirigióse á Atenas, en donde, utilizando las investigaciones científicas hechas en el Asia, explicó por vez primera en el gimnasio del Liceo la nueva escuela filosófico-retórica de los peripatéticos, opuesta á las ideas de los antiguos académicos platónicos, capitaneados por Jenócrates. Lo propio que Aristóteles y su discípulo Teofrasto, sentía el austero y modesto Jenócrates grandes simpatías por la nueva direccion que el genio de Alejandro imprimía al helenismo. A pesar de todo, los excelentes hombres que componían el antiguo partido nacional, podían contar con la burguesía para la administracion interior. La direccion financiera de Licurgo era tan irreprochable que todos los ciudadanos, trascurridos los cuatro años de su cargo (334), votaron para este destino á uno de sus amigos, en cuyo nombre pudo aquel continuar dirigiendo la hacienda. Y cuando, con el tiempo, hombres como Demades (330) alcanzaron puestos importantes, como la administracion de la

caja de las fiestas, la burguesía siguió cada vez con mas ardor las ideas de Demóstenes. Entonces (330) ocurrió, como despues de la batalla de Megalópolis, la célebre discusion entre Demóstenes y Esquines. A principios del año 336, Ctesifonte, partidario de Demóstenes, que había logrado sentarse en la Bula, había contribuido á que el pueblo diese una disposicion en virtud de la cual el gran hombre de Estado debía, por sus virtudes, por su energía y por su incansable actividad, ser coronado en el teatro del gran Dionisio con una corona de oro. La Bula consintió en ello; pero en la Iglesia formuló Esquines la queja de ilegalidad, porque Ctesifonte había descuidado llenar ciertas formalidades legales, de poca importancia. El astuto abogado quería impedir el público reconocimiento del trabajo político de su gran enemigo. Los acontecimientos que con posterioridad acaecieron dejaron provisionalmente en suspenso la coronacion acordada, hasta que en agosto del año 330 fué sometido el asunto á la decision de los jurados áticos. La importante polémica convirtióse en un gran drama parlamentario, en un imponente juicio acerca de la actitud política de cada uno de los dos oradores adversarios, y por tanto acerca de la política que